

Resumen

Los novelistas latinoamericanos posibilitan que los lectores penetren en el mundo de la historia de las dictaduras de la región. La violencia que ejerce el Estado no es más que el intento de un sector de la sociedad por monopolizar su práctica y a pesar de que desde principios del siglo xix se maneja un discurso de la construcción de la democracia, los intentos de un Estado absolutista o totalitario parecen inherentes a los modos políticos del continente. Sin embargo, un grupo de escritores, pertenecientes casi siempre a movimientos intelectuales de oposición a las prácticas no democráticas, han producido novelas que pretenden acercar al lector al conocimiento de una situación histórica específica y una práctica política en general. Los discursos de la narrativa literaria y la narrativa histórica se unen para entregar una explicación completa de los fenómenos políticos de la región, no muy lejana a la que hizo Maquiavelo en el siglo xvi.

Palabras clave

Democracia, dictadura, Historia, Literatura, narrativa, novela, violencia.

Abstract

Latin American novelists have dealt with the dictatorship in their countries, thus, a number of readers learned about the history of this kind of political practice. States monopolize violence, but the State is just representative of dominant sectors in every society. Throughout time, instead of the insertion of democracy within official discourses, a minority group has taken advantage of fire-power for constructing dictatorial regimes. Because of this persistent appearance, dictatorship should be proposed as a natural attribute for states. However, for decades, a big writers group has published their novels on that political expression. They contribute in this way to undermine the popular support to de facto governments. Literary and historical narratives discourses seem overlap; both of them become supplementary to the public understanding on the political history. In addition, Machiavelli's ideas give the impression of coincidence with both kinds of text.

Key words

Democracy, dictatorship, History, Literature, narrative, novel, violence.

El príncipe latinoamericano: la violencia de Estado en la novela de la dictadura a la luz de Maquiavelo

*The Latin-American Prince:
the State Violence in the Novel of the Dictatorship
in the Light of Machiavelli*

Ricardo León García¹

- 1 Dirección electrónica: rleon@uacj.mx / mawyaka@hotmail.com
Adscripción: Profesor-Investigador de tiempo completo de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Departamento de Humanidades, Programa de Licenciatura en Historia.
Profesión: Antropólogo e Historiador; áreas de interés: América Latina y norte de México.

Fecha de recepción: 6 de diciembre de 2010
Fecha de aceptación: 03 de junio de 2011

*Los individuos influyentes tienen siempre dificultad
en digerir doctrinas que establecen
un poder capaz de poner coto a sus caprichos...*

Thomas Hobbes

*Ya nadie es un hombre; cada cual es tan sólo una cosa
fatal que sabe destruir, que quiere destruir,
que no alienta sino para destruir.*

Arturo Uslar Pietri

Maquiavelo en los tristes trópicos

La humanidad es hija de la violencia. Los pueblos de la América nuestra no han tenido la capacidad, el interés, ni la posibilidad de negar su pertenencia a la especie. Han transcurrido ya más de quinientos años desde que la ejemplar Europa, sede de lo más granado de la especie a la que pertenecemos, según ese mismo fragmento del género humano, inaugurara un nuevo periodo de violencia en esta porción del planeta al que imperativamente denominó “América”. A la violencia ejercida por las más complejas sociedades indias que no conocían rival en cuanto a recursos represores, a esos mecanismos para el ejercicio del poder por medio de la fuerza, se vinieron a superponer las razones y los métodos derivados de la muy larga tradición cultural europea. De la superposición obtuvimos un híbrido también violento, ignoro si más o menos cruel, pero igualmente rotundo, aplastante, mortal...

Los primeros tres siglos de la nueva historia se sucedieron de acuerdo a las normas establecidas por el aparato ocupante. La usanza judeo-cristiana se trasladó al occidente más en alma que en cuerpo, para demostrar y demostrarse que el poder, sin lugar a dudas, no puede sostenerse, recrearse y manifestarse si no es por medios violentos. ¿Puede existir el poder sin violencia? De acuerdo con Hobbes, cuando los hombres no mantienen en su información genética la igualdad, la tolerancia y el deseo de respetar a los demás, es necesaria la fuerza de

un ente como el Estado. Unos cuantos, a nombre de algunos, ejercen la brutalidad por el bien de todos.

Ya desde los orígenes de la relación entre europeos y americanos, fray Bartolomé de las Casas se lamentó por las formas que se imponían, pero pretendió que su clamor fuese escuchado en el más acá, en el corazón mismo del poder terrenal. Él, un dominico encomendero y poseedor de esclavos por tradición y herencia familiar, abrazó la causa de los indios y pretendió dosificar de manera diferente la violencia contra los habitantes originales del continente, aunque solamente hablaba de las islas del mar Caribe, y vendió al monarca español la feliz idea de sustituir la reductible y amaestrable mano de obra indígena, por negros comprados a los tratadistas de esclavos de las costas del occidente africano. La irracional violencia se trasladaría ahora contra los morenos cuerpos, en lugar de maltratar a los cobrizos que aparentaban poseer un alma maleable y asequible para el dios de la violencia legítima.

¿Qué tan racional puede ser un sistema que poco a poco termina con el recurso que a su vez permite que sea aprovechada la totalidad de los recursos que significan la riqueza de los príncipes cristianos? El padre de las Casas, en el siglo décimo sexto de nuestra era, propuso suavizar los métodos del ejercicio del poder de los unos sobre los otros. Trataban de convencer a esos otros de la necesidad del amoroso dominio, puesto que al considerar a los indios como seres racionales y con un alma, concepto éste que acompañó a los cristianos en el pasaje trasatlántico, podrían ser llevados de la mano, tranquilamente, a formas más sutiles de subordinación y violencia; fue la tarea que se trazó el fraile convertido en obispo. Para apoyar este proyecto, simplemente insistió en la utilización de una fuente suplementaria de mano de obra, pensada como inagotable, la de los negros africanos, de quienes siempre dudó como poseedores de un alma y, por tanto, los tenía más cerca de las acémilas que de las personas y ante quienes ni siquiera sería necesario justificar la violencia. Al menos, en un principio, no encontró las razones suficientes para hacerlo.

Pero hace un par de centurias, como al unísono, de los más diversos rincones de la América inventada por los ibéricos, se intentó el sacudimiento de los principios de una violencia administrada allende

el mar. Siguiendo la huella de los Estados Unidos y de la Francia revolucionaria, los pueblos de nuestra América pretendieron consolidar nuevas bases para acotar la violencia de manera diferente, tanto en el hecho como en el dicho, al cabo no dejaríamos de ser humanos. Pero las bases escasamente tuvieron un contenido ideológico. Las guerras de independencia, llevadas a cabo por fuerzas destructoras y arrasadoras, devinieron muchas veces en luchas por la lucha misma, se convirtieron en guerras de enriquecimiento y demostración de fuerza pues, al final, las diferencias sociales y la conformación de los grupos de poder, fueron similares a las condiciones previas a la guerra misma. Sí, el monopolio de la violencia cambiaba de manos. Esta característica de los procesos independentistas ha sido retratada magistralmente por el abogado venezolano Arturo Uslar Pietri en su primera novela, *Las lanzas coloradas*, escrita con motivo del primer centenario de la muerte de Simón Bolívar, en 1931 (Uslar Pietri, 1993).

Los experimentos para construir o reconstruir esas llamadas sociedades emergentes marcaron enormes diferencias en las que la violencia habría de encontrar nuevos derroteros. Los jefes de las rebeliones triunfantes contra el poder ibérico diseñaron experimentos organizativos bajo los cuales el Estado, un nuevo Estado, debería hacerse cargo de la dosificación de la violencia, a pesar de las contradicciones que en el seno de las naciones en proceso de diseño y fundación aparecían una y otra vez. De esta forma brotaron a la modernidad una veintena de crías. Sin embargo, las crías traían debajo del brazo una herencia conservadora de la cual era muy difícil sacudirse, en caso de pretenderlo, como el historiador mexicano Edmundo O’Gorman lo ha señalado magistralmente (O’Gorman, 1999).

Homo homini lupus est

La Democracia, la Patria, Dios, el Derecho, la Justicia, el Progreso, la Civilización, el Deber, la Razón y hasta la Moral, entidades todas del más allá, por más cercanas que parecieran, surgieron como motivos en los discursos de acceso al poder, o de pretensión al mismo, y contra las cuales los derrotados enemigos de la Patria, de Dios o de la Razón,

por más que quisieron, no tuvieron defensa efectiva, aunque esgrimían los mismos argumentos.

Bolívar, San Martín, Gamarra, Rocafuerte, Iturbide, el doctor Francia, Sucre, Sarmiento, Mosquera, Rosas, Urbina, Santa Anna, Arguedas, Obando, Santa Cruz, Portales, Rivadavia, Juárez, Mitre, Santander, Díaz, Zelaya... no son solamente nombres de caudillos, presidentes, jefes, dictadores o estadistas. Todos ellos representan a esas fuerzas combatientes, políticas y económicas que, a lo largo del primer siglo de la vida independiente de nuestra América, se encargaron de imponer un orden, tanto en el terreno militar, como en el político, en el financiero, en el comercial y en el jurídico. No es éste el lugar para evaluar si lograron o no sus objetivos, tampoco para poner en la balanza los precios que tuvieron que pagar y las consecuencias sociales de sus acciones. Lo que sí debemos apuntar aquí, es que en la mayoría de estos personajes se trasluce un entendimiento en diversas profundidades, de una propuesta política pragmática de Nicolás Maquiavelo a los descendientes de Lorenzo el Magnífico, por medio de uno de sus textos más difundidos y estudiados, *El Príncipe*.

Con la ideología en una mano (la que fuera), el sable en la otra y manteniéndose sobre el trono del principado o a una distancia prudente, padres, tíos, hijos y entenados de las patrias de América Latina elevaron hasta tal punto la noción de Democracia, que ésta pasó a formar parte del patrimonio discursivo de los líderes políticos y económicos en los emergentes estados de la región. La concentración o participación (ampliada o restringida) en la toma de decisiones, la definición de las reglas del juego político, el diseño de los mecanismos de recaudación fiscal (siempre anteriores al establecimiento de instituciones y muchas veces en lugar de ellas), las alianzas entre gamonales -conocidos en México como caciques y caudillos-, las acciones contra la amenaza externa (imaginada, en puerta o ya convertida en una realidad) y la permisividad ante los proyectos neocoloniales, jamás resultaron un obstáculo para que el anhelo democrático posea una presencia permanente en el discurso desde cualquier punto en el espectro político del continente desde 1810.

Sin embargo, las redes de parentesco, de afinidades políticas, de lealtades entre hombres y la perenne tradición de hacer caso omiso a la legalidad acordada, hacen del territorio latinoamericano un fértil campo para el establecimiento de formas de Estado de escasa y hasta nula participación generalizada, tanto en su encumbramiento, como en su sostenimiento.

Es así que los ocupantes de la llamada América Latina y el Caribe, encandilados por las posibilidades democráticas anunciadas de manera permanente en los discursos, por las oportunidades para encaramarse por encima de los demás y ante la impunidad imperante por la omisión de la legalidad que supuestamente ha impuesto límites al ejercicio de una grosera y desmedida violencia, una y otra vez, se han enfrentado con la fuerza al tratar de dirimir cualquier tipo de conflicto. Las contradicciones son constantes y las formas de subsanarlas, tan violentas como el uso de armas, el recurrir de manera recurrente a la ilegalidad y justificando, una y otra vez, la adhesión a esas entidades abstractas y escasamente definidas como la Democracia, Dios, la Patria, la nación...

Pero, ¿acaso es tan difícil ponerse de acuerdo? La búsqueda de la solución a los conflictos conlleva el intento de hacerse del monopolio de la violencia, cargando siempre la utopía democrática y promoviendo una sociedad sin cambios profundos. Sabedores de la naturaleza conflictiva del hombre, garantizan para sí el monopolio de la violencia, el control del Estado, es uno de los objetivos fundamentales de los grupos sociales que pretenden ese ejercicio, tanto de los diferentes segmentos que pretenden eternizar las relaciones de clase, como de quienes buscan trastocar esa relación.

Se trata del modelo de la actuación del maquiavélico “príncipe”. El Estado latinoamericano, en el más puro de los sentidos del concepto, se ha tratado de imponer durante todo este tiempo con un modelo distorsionado del discurso del político florentino. Ya en 1944, Germán Arciniegas declaraba que la característica básica de la democracia latinoamericana era precisamente el deseo perenne de su existencia, “algún día será”. No se trataba de una aventurera afirmación la del pensador colombiano. Su lapidaria frase la lanzaba a partir de

un profundo conocimiento del pasado y el presente (de entonces, y pareciera que también ya conocía el de hoy) de nuestras sociedades, y que la historia no vira de manera tan violenta de la noche a la mañana. El análisis de Arciniegas puede considerarse un tanto pesimista, pero lo rotundo de su aseveración proviene del saber ver, pretender evaluar, conocer el sentir y acostumbrarse a escuchar lo que sucede alrededor, a diario y a lo largo del tiempo y en los diferentes lugares (Arciniegas, 1974).

Las reflexiones en este trabajo las hago a partir de las propuestas de análisis que una serie de escritores dejan en sus novelas. Estamos próximos a cumplir la primera centuria en la que el fenómeno de la dictadura en nuestra América comenzó a ser tratado por exponentes de la literatura creativa. No interesa dejar claro si se trata de una moda literaria, que recurrentemente aflora en las propuestas de los hombres de las letras y de las ciencias; en todo caso, las circunstancias han empujado a las naciones latinoamericanas a compartir tiempos de endurecimiento por quienes controlan el Estado y el ejercicio de la violencia oficial. A partir de este hecho, los novelistas han encontrado una excelente veta para ser explotada por sus aptitudes artísticas y posiciones políticas; así es como se ha desarrollado la novela de la dictadura, un género que nació con propiedades latinoamericanistas y que poco a poco fue encontrando exponentes en otras latitudes, pues la dictadura y la violencia del Estado contra sus súbditos, no es un fenómeno exclusivo de nuestra América. Cabe destacar que la novela de la dictadura no es exclusiva de la América nuestra, como tampoco lo es el fenómeno de la dictadura. Giles Foden es autor de una novela que intenta seguir las huellas de los creadores latinoamericanos, refiriéndose al régimen de Idi Amin en Uganda, desde el punto de vista de los europeos que rodeaban al presidente vitalicio de ese rincón del centro del continente africano (Foden, 1998).

Por una parte, la novela de la dictadura resulta un vehículo extraordinario para que el público ajeno a la sofisticación del lenguaje académico pueda adentrarse en el entendimiento del fenómeno del autoritarismo. Al mismo tiempo, los autores de este género dan rienda suelta a su creatividad literaria tratando de dejar clara su posición po-

lítica con respecto a un tema que pocas veces ha podido ser discutido abiertamente, sobre todo en los días más nefastos de la imposición dictatorial. La novela de la dictadura, en este sentido, resulta entretenimiento, enseñanza, reflexión y posicionamiento. Justo es decir que además de esos rasgos, la novela de la dictadura es también mitologización, desahogo, crítica y escape de una realidad que no nos gusta, pero dentro de la cual hemos vivido buena parte de nuestras vidas como ciudadanos latinoamericanos.

La capilaridad del eje de la violencia entre la imaginación y lo real maravilloso

La delgada línea existente entre la creatividad y la realidad tratada en la literatura creativa, ha sido motivo de largas controversias que difícilmente podrán darse por terminadas en algún momento, a menos que de manera inquisitorial se nos obligue a discutir más nada. Desde hace mucho, en forma paralela, se confronta la que para unos es la gran brecha entre la Historia y la Literatura (realidad *versus* ficción). Hacia 1973, Hayden White regaló al mundo intelectual la síntesis de sus ideas en las que discute cómo la imaginación es madre del discurso de la historia y cómo la historia alimenta al mismo tiempo la creatividad de los individuos dedicados a producir las ficciones literarias (White, 1992). Antes, en 1929, el filósofo ruso Mijail M. Bajtín comenzó a desarrollar la idea del dialogismo, ese intercambio permanente entre el mundo imaginado de los creadores y lo que éstos captan en la esfera de la realidad física, de la sociedad en la que se desenvuelven (Bajtín, 2008).

Bajo estos presupuestos, los creadores literarios de nuestra América han pretendido acercarse a la historia desde la novela de la dictadura. Los resultados han sido diversos debido a la diferencia de objetivos, pero en términos generales, los creadores de este género reflexionan acerca del fenómeno de la violencia ejercida por el Estado latinoamericano en sus más crudas expresiones. En cuanto al concepto “novela de la dictadura”, los practicantes de la teoría y la crítica literaria serán los indicados para dejar establecidas sus características y si forma parte

o no de la novela histórica. Por lo pronto, sugiero al lector que otorgue una mirada a las ideas vertidas en el libro *La novela histórica, teoría y comentarios* (Spang y otros, 1995).

A diferencia de la monarquía, legitimada por el aparato estatal en términos providenciales, el absolutismo de un dictador se presenta ante los ojos del vulgo como un acto de voluntad propia del individuo que encabeza al Estado. Casi siempre se origina en un evento de carácter “democrático” y que, con miras a “salvaguardar” o “preservar” el estado de las cosas, así como los valores supremos de la tradición local, el autócrata se ve obligado “a sacrificarse” por el bien de la patria y la civilización donde ésta se encuentra inmersa, llevando a la sociedad por los caminos dispuestos de manera generosa por el propio dictador y que, con el paso del tiempo, encontrará un sustento de legitimidad en alguna concesión que le brinde algún ente del más allá.

Entender y explicar por medio de la narrativa literaria las formas que ha adquirido el ejercicio del poder público en nuestra América, implica un esfuerzo intelectual que va desde una toma de posición política específica en cada uno de los casos, hasta la búsqueda de los conceptos y términos que permitan a los autores lograr un producto estético con rasgos de genialidad pero, sobre todo, con las características necesarias para obtener una obra que incite a la reflexión y a la comprensión de la dictadura misma.

¿Por qué parecería que hay una obsesión de los creadores literarios latinoamericanos por el tema de la dictadura? La respuesta posiblemente se encuentre en la formulación de los proyectos políticos que desde el siglo XVIII se comenzaron a delinear en cuanto al posible futuro de las sociedades envueltas en una relación de dominio con los poderes europeos. La idea misma de construcción de naciones modernas con rasgos democráticos, o al menos de autogobierno, funcionó como una forma incitadora de esperanzas igualitarias y de participación amplia.

A partir de las luchas de independencia y la consecución de la ansiada emancipación política, las diversas naciones que pretendían colocarse como tales en el mapa político del mundo, se enfrentaron a una constante lucha entre poderes locales y regionales que no siempre

coincidieron en objetivos y metas por alcanzar. Las formas que adquirieron las estructuras políticas resultantes, no fueron aceptadas por todos los actores políticos de cada momento en cada lugar. No se trata de una patética manera de intento de organización propia de este hemisferio, sino de un reflejo de las condiciones construidas a lo largo de una relación de tres siglos de formación de las sociedades latinoamericanas y, por supuesto, de una clara voluntad política por no lograr el consenso sino hasta que la posición propia es la hegemónica. Además, los intentos de los representantes de una Europa en expansión, que trataban de adueñarse de los intereses que españoles y portugueses pretendían conservar, motivó una serie de pugnas entre los líderes de las diversas facciones. El orden comenzaba a establecerse, a pesar de las diferentes oposiciones que intentaban otro tipo de orden.

Ante tantas contradicciones, la experiencia latinoamericana ha vuelto la vista de manera constante a formas de control y poder que se acercan mucho al absolutismo monárquico vivido en carne propia previamente. La esperanza de una sociedad igualitaria, al menos equitativa, donde puedan convivir los diferentes proyectos, se diluye en diferentes momentos, en varias naciones, cuando arriba al poder un individuo con claras intenciones autoritarias.

La intelectualidad latinoamericana responde de inmediato a este tipo de experiencias autoritarias, no sé si porque son de naturaleza autoritaria o solamente porque responden a proyectos de Estado-nación contrarias a lo que cada autor supone que debe ser.

Quizá la primera reacción intelectual desde la narrativa a una condición autoritaria en nuestra América, haya sido *El matadero* (escrito por 1840, publicado hasta 1871), primer cuento rioplatense; además, donde Esteban Echeverría hace gala de sus dotes literarias para dejar clara su oposición a la manera como Juan Manuel de Rosas conduce los destinos de la república Argentina, muy lejana a lo planteado por la revolución de mayo de 1810. Poco tiempo después que Echeverría escribiera su cuento, Domingo Faustino Sarmiento, desde su exilio chileno, será más puntilloso y aplica su erudición para atacar la tiranía federal de Rosas, así como también crítica el liberalismo unitario de Bernardino Rivadavia, encarnado posteriormente en Facundo Quiro-

ga. En pocas palabras, Sarmiento tuvo para todos, los tiranos y los que pretendieron serlo.

Los dos autores inauguran pues, desde la Argentina y teniendo como referente fundamental al gobernador porteño Juan Manuel de Rosas, la tradición antidictatorial en la literatura latinoamericana, sin llegar todavía a establecer una novela de la dictadura.² No será sino hasta casi un siglo después, cuando hace su aparición *Tirano Banderas* (1926) de Ramón de Valle-Inclán, que los críticos e historiadores del arte literario han establecido como el nacimiento de la novela de la dictadura.

El “ficticio” ejercicio violento del poder

Ya ubicados, con el objeto de explicar cómo la narrativa latinoamericana aborda el problema del ejercicio del poder dictatorial, hemos de retomar la vieja tesis aristotélica que afirma que la imaginación y el genio no salen de la nada, sino que resultan producto de una clara experiencia de las personas con su entorno, con la manera en cómo perciben su realidad (Aristóteles, 2004).

No pasa desapercibida la noción de que el origen del Estado, como institución, es el resultado de la búsqueda de los hombres para acotar el ejercicio de la violencia y guardarse para sí su monopolio. A lo largo de la historia de la especie humana, la violencia ha formado parte esencial de nuestra forma de ser y suponemos que habrá alguna manera de limitarla. Fue precisamente por ello que en algún momento de nuestra existencia, se comenzaron a idear formas bajo las cuales unos se adueñaron del derecho de ejercer monopólicamente la violencia, estableciendo para ello una normatividad que, en caso de ser contravenida, la violencia se aplicaría sobre los infractores. Así, aunque los preceptos de la moral judeo-cristiana insisten en lo maligno de la vio-

2 Rosas será también uno de los protagonistas de la primera novela con claras referencias dictatoriales. En 1844 aparecen las primeras entregas del trabajo de José Mármol, *Amalia*, recompuesta en 1851 en un solo volumen editado en París por los hermanos Garnier y ya con el subtítulo de *Novela histórica americana*.

lencia, siempre se encuentran los caminos adecuados para argumentar una justificación de la violencia (la buena), igualmente en términos morales, dando como razones la preservación del ente civilizado, de quienes asumen la pertenencia a alguna casta divina o por representar los intereses más legítimos de la condición humana... Para el resto de los mortales se destina la violencia, con o sin justificación.

Una vez convertida en violencia legítima, la discusión sobre la necesidad de su existencia y aplicación una y otra vez, donde en ocasiones se incluyen consideraciones sobre lo justo y lo legal de su ejercicio, ha sido materia constante de debate desde Platón hasta Walter Benjamin, tan sólo por referirnos a una pequeña porción del pensamiento occidental.

Es así como la narrativa de nuestra América aborda el asunto de la violencia de Estado, esa violencia que aparentemente rebasa todos los límites impuestos por la tradición política e intelectual, la del Estado autoritario, la de los gobiernos *de facto*, la de los individuos que se erigen con poderes especiales y que de manera casi permanente, se dan cita en las páginas de nuestra historia... de ahí su tratamiento exhaustivo por la literatura. Si líneas atrás mencionaba la obsesión de los creadores literarios latinoamericanos por el asunto del autoritarismo y los regímenes dictatoriales en el área, no puedo negar tampoco la necesidad casi innata de las élites iberoamericanas por establecer este tipo de administración política. Una obsesión responde a la otra.

El buen salvaje se convierte en tirano

Ramón María del Valle-Inclán, Augusto Roa Bastos, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Alejo Carpentier, Martín Luis Guzmán, Miguel Ángel Asturias, Arturo Uslar Pietri, entre otros muchos autores a lo largo de casi una centuria, han abordado en sus novelas uno de los rasgos sustanciales de la historia política latinoamericana: el ejercicio personalista y autoritario del poder concentrado en un individuo, que si bien responde a los intereses de los respectivos grupos hegemónicos a los cuales han representado con singular maestría, la

visión que de ellos ha construido la historia, les permite retomarlos para convertirlos en personajes centrales de sus narrativas.

Por medio del tratamiento novelado del dictador, el asunto del ejercicio autoritario del poder ha tenido la posibilidad de convertirse en un tema para la discusión más dilatada, mucho más allá de los foros académicos y políticos. Abrir la cuestión en la novela resulta un arma de dos filos: se discute como tópico de interés para sectores amplios de la sociedad o tan solo se ve como un problema literario, sin implicaciones más allá de cada uno de los posibles lectores. Sin embargo, lo que nos interesa dejar asentado, es que dentro del mundo que construye el narrador, al incursionar en la metahistoria y carecer de todos los elementos históricos relacionados con los eventos que ha pretendido exponer, recurre a la reconstrucción posible por medio de personajes y eventos verosímiles, así como lo mencionan György Lukács (1976) y Kurt Spang (1995) a la hora de definir y explicar la novela histórica. El ingrediente específico en varios de los ejemplos aquí referidos, es la distancia temporal y espacial que guarda el autor con respecto al Estado latinoamericano cuya violencia y autoritarismo son motivo de escritura.

Por una parte, los escritores de nuestra América han decidido ponerse a trabajar en temas que, de alguna manera, para los habitantes del continente son motivo de inquietud. Martín Luis Guzmán, por ejemplo, publicó en 1929 su novela *La sombra del caudillo*, apenas un par de años después que sucedieran los principales hechos que pone como ejemplo de la brutalidad con la que actuaban los representantes del Estado mexicano en ese tiempo. Aparentemente, Augusto Roa Bastos se sale por completo del modelo presentado por Guzmán y en un trabajo magistral de investigación publica la primera edición de *Yo el Supremo* en 1974, casi ciento cincuenta años después de la muerte del doctor Gaspar Rodríguez de Francia, principal personaje histórico de la obra. En ambos coincide una profunda insatisfacción por lo que sucede en sus respectivos países mientras están ellos escribiendo y tratando de publicar. Coincide también que sus novelas son publicadas primero fuera de sus naciones, Guzmán en Madrid, Roa Bastos en Buenos Aires, puesto que en los dos casos, la trama está re-

lacionada directamente con los eventos que suceden en ese momento tanto en México como en el Paraguay. La legitimidad que otorga la presencia en la cúspide de la estructura del poder es razón suficiente para desatar la violencia del tipo que describen Guzmán y Roa Bastos, como la que puede suceder a partir de que los detentadores de ese poder, Plutarco Elías Calles y Alfredo Stroessner, escudriñen el trabajo del autor y comiencen a relacionar hechos y personas dentro y fuera de la novela.

Un par de ejemplos interesantes de novelas de dictadura sin un dictador expresamente de carne y hueso, es decir un protagonista de la obra narrativa que corresponda a un personaje histórico, son los que nos presenta el gallego Ramón María del Valle-Inclán y el colombiano Gabriel García Márquez. Santos Banderas y el Patriarca jamás existieron como tales; son más bien síntesis de la dictadura encarnada en un personaje imaginado. Esta característica no impide dejar ver que el detentador del poder del Estado, en sus ambiciones absolutistas, tiende a establecer un estado pacífico a partir del terror que puede infundir dentro de la sociedad. Los rudimentos de una sociedad en perfecto balance, aun con un balance construido sobre ficciones democráticas y sobre la inminencia del uso de la fuerza contra toda manifestación contraria o aparentemente contraria a quienes detentan el poder en una nación, brindan la oportunidad, como lo proponen Maquiavelo y Thomas Hobbes, de castigar de inmediato a malhechores y traidores (comprobados o supuestos), verdaderas amenazas del *statu quo*.

La Historia ha enseñado a los narradores iberoamericanos que la existencia de las limitaciones legales al poder es parte de la teatralidad en la que se desarrolla el ejercicio político en el continente. Desde el siglo XIX, las restricciones constitucionales han estado presentes bajo diferentes formas. Pero para no perder la oportunidad de que la función continúe dentro de los parámetros del arte escénico, la farsa debe seguirse montando con los guiones que permiten la legalidad paralela a la constitucionalidad nacional. Dictadores, señores de la guerra, caciques... todos estos personajes de novela de los cuales hemos estado hablando, al igual que sus respectivos *alter ego* en la historia continental (ya no me es posible diferenciar entre el personaje de ficción y

el histórico), mantienen muy bien guardada la venerada constitución, pero por decreto ejecutivo modifican estatutos fiscales, abren y cierran aduanas, se endeudan dentro y fuera del país, otorgan o retiran concesiones para explotar los recursos naturales, afectan la supuesta soberanía territorial de la nación, devalúan las monedas, construyen inolvidables edificios y se deshacen de quien puedan llegar a sospechar, aun contra la ley general que aparentemente es la que rige y abarca a todas las demás.

La ironía es un factor fundamental para la construcción historiográfica del dictador o tirano como personaje de novela. Esta característica responde a la necesidad del autor de demostrar la sangre fría que debe conservar todo aquél que tenga a su cargo el ejercicio del poder al momento de tomar sus decisiones. Al mismo tiempo, se pretende suavizar la impresión que pueda recibir el lector por la crudeza de los eventos verdaderos o no como parte de la historia narrada, pero verosímiles a todas luces, los escritores pueden darse el lujo de poner en boca de los personajes un lenguaje que eriza la piel pero que, seguramente, no dista mucho de formar parte de los pensamientos de esos actores al momento de ejecutar las acciones puestas en el escenario del texto. Las decisiones suelen ser dolorosas para unos, con la consabida ventaja para los otros, pero se trata de decisiones que deben tomarse con la finalidad de afianzar el poder, mantener el estado de las cosas y permitir que la patria mantenga su curso dentro del concierto de las naciones civilizadas. El tirano que va y viene vestido con la seguridad de saberse superior a sus gobernados, retratado en los trabajos de todos los autores referidos anteriormente, mueve al lector a hacerse una idea de que el personaje mantiene un profundo desprecio por sus súbditos.

Tirano o dictador, el personaje típico de la novela de la dictadura revela a un gobernante solitario que decide por sí mismo, para sí mismo y contra lo que se ponga enfrente. Su soledad siempre estará acompañada, he ahí una paradoja de la historia misma y de la percepción que tenemos de ella, de personajes satelitales, serviles y aduladores, panegiristas y lisonjeros, ora consejeros, ora familiares, ora ministros, ora sirvientes, que en cualquier momento pueden ser desaparecidos

de la historia con un simple acto violento de la autoridad cuando se descubre, o se pretende haber descubierto, una traición que puede ser tan solo una falta de coincidencia con respecto a un tema, la intención de suceder al dictador, realizar algo nimio sin su venia o, en definitiva, un enfrentamiento abierto con el jerarca supremo.

Ineluctablemente, el personaje de la novela de la dictadura, en su camino a la soledad casi absoluta, concentra todas las formas de poder e interviene hasta en los asuntos más vanos. En varios casos, un papel fundamental para evitar la soledad total lo juegan la madre y, por momentos de la historia, otras mujeres alrededor del dictador, la esposa, la amante, la pretendida, la hija, la puta (en singular o en plural, según cada novela). Cabe mencionar que los personajes centrales de algunas de estas novelas, a partir de la pérdida física de su apoyo o razón de ser como persona, lo mantienen como algo que es aunque ya no siga estando. Para ilustrar este tipo de actitud, baste señalar al patriarca de García Márquez o al Chivo de Vargas Llosa, que siguen dependiendo de sus madres aún después su muerte.

Dentro del ambiente de soledad antes mencionado, la imagen que pareciera normal en cuanto a las formas de vida del dictador, sería de lujo y esplendor. La realidad que intentan dibujarnos los autores, es la de una vida aislada en condiciones de parquedad, de una frugalidad exacerbada. La concentración del poder y la actitud autoritaria, aun cuando el dictador ejecuta acciones tendientes a la satisfacción de sus más caros anhelos, tienen como consecuencia un aislamiento con el que retorna a sus orígenes miserables y hasta indignos, casi bestiales. Sí, es considerado el hombre más poderoso del país, pero en su soledad, ante la desconfianza por todo y todos, lleno de presentes y adulaciones al por mayor, vive tan infortunado y desdichado como el que más.

Nicolás Maquiavelo recomendaba que todo estadista debe rodearse de consejeros inteligentes y que después de tomada en cuenta la necesidad de los actos de Estado, habrá de ejecutarlos de inmediato, tratando de evitar que entre los gobernados se perciba la duda del príncipe. Quiero suponer que muchos gobernantes en el mundo se han acercado a los textos maquiavélicos para tenerlos como una guía para la acción, casi un manual de procedimientos para gobernar una nación.

Así como el adjetivo “maquiavélico” adquirió la connotación del actuar con astucia, pretendiendo crear la apreciación de tener un objetivo cuando en realidad se busca lo contrario, la imagen que adquirimos del dictador latinoamericano por medio de las novelas, nos conduce a un callejón intelectual, cuyas posibles salidas no son tan fáciles de ubicar. Ciertamente, los narradores han conocido la historia, muchas veces han sido testigos de ella y eso les permite tener una posición envidiable en comparación de muchos otros para poder hablar con cierta autoridad de los eventos que consignan en sus obras. Pero la novela va más allá de la crónica y la elección de tal o cual elemento de la realidad y de la imaginación misma, forma parte de la intención que tiene el autor para formar opinión, para invitar a reflexionar o para convencer.

Vale la pena cerrar esta ya larga reflexión con una serie de preguntas que al menos para mí vienen quedando sin respuesta: ¿Quiénes encabezan el poder en América Latina son conscientes de seguir las propuestas de Nicolás Maquiavelo y Thomas Hobbes? ¿Los personajes novelados son producto del estudio de los narradores de estos teóricos del Estado? ¿Son solamente coincidencias? Si fuese todo coincidencia, ¿no es factible entonces suponer que tanto lo propuesto por Maquiavelo como por Hobbes sean tan sólo observaciones del comportamiento humano y simplemente dejaron constancia de ello?

No cabe duda, leer la novela de la dictadura es una manera artística de acercarse a la historia de la violencia de Estado en América Latina. Resulta también una forma de entender los planteamientos de Hobbes y Maquiavelo sobre el ejercicio del poder. A final de cuentas, me quedo con la definición que en clase armó una alumna en el 2009 a propósito del concepto de novela: “son los hechos de la vida real que parecen ficción”.

Bibliografía

- Arciniegas, Germán. (1974). *Este pueblo de América*. México: Secretaría de Educación Pública.
- Aristóteles. (2004). *Poética*. Madrid: Alianza Editorial.
- Asturias, Miguel Ángel. (2001). *El señor presidente*. Madrid: Cátedra.
- Bajtín, M. M. (2008). *Estética de la creación verbal: actividad, discursos, pragmática, géneros, comunicación, literatura*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Benjamin, Walter. (1967). "Para la crítica de la violencia". *Ensayos escogidos*. Buenos Aires: Sur. (169-201).
- Berbigeier Feil, Roselene. (2009-2010). "Dois olhares sobre o mesmo tema: diálogos interdisciplinares entre história e literatura no romance Incidente em Antares". *Espéculo, Revista de estudos literarios*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, número 43, noviembre 2009/ febrero 2010, Año XIV.
- Castellanos, Jorge y Miguel A. Martínez. (1981). "El dictador hispanoamericano como personaje literario". *Latin American Research Review*, Vol. 16, No. 2. (79-105).
- Del Valle-Inclán, Ramón. (1978). *Tirano Banderas*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Echeverría, Esteban. (2003). *El matadero/La cautiva*. Madrid: Cátedra.
- Fabié, Antonio María. (1879). *Vida y escritos de don Fray Bartolomé de Las Casas, Obispo de Chiapa*. Madrid: Imprenta de Miguel Ginesta. 2 volúmenes.
- Foden, Giles. (1998). *The Last King of Scotland*. New York: Knopf.
- García Márquez, Gabriel. (2010). *El otoño del patriarca*. México: Diana.
- Guzmán, Martín Luis. (1929). *La sombra del caudillo*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Hobbes, Thomas. (1992). *Leviatán: o la materia, forma y poder de una república, eclesiástica y civil*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Klare, Michael T. y Nancy Stein. (1978). *Armas y poder en América Latina*. México: Era.
- Lafourcade, Enrique. (1972). *La fiesta del rey Acab*. Barcelona: Juventud.
- Lévi-Strauss, Claude. (1961). *Tristes Tropiques*. New York: Criterion Books.

- Lieuwen, Edwin. (1961). *Arms and Politics in Latin America*. New York: Council on Foreign Relations.
- Lukács, Georg. (1976). *La novela histórica*. México: Grijalbo.
- Maquiavelo, Nicolás. (2003). *El Príncipe/La Mandrágora*. Madrid: Cátedra.
- Mármol, José. Amalia. (2000). *Una mujer enamorada*. Buenos Aires: La Grulla.
- Mazower, Mark. (Oct. 2002). "Violence and the State in the Twentieth Century". *The American Historical Review*, vol. 107, no. 4. (1158-1178).
- Moore, Barrington. (1989). *La injusticia; bases sociales de la obediencia y la rebelión*. México: UNAM.
- (1976). *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia: el señor y el campesino en la formación del mundo moderno*. Barcelona: Península.
- O'Gorman, Edmundo. (1999). *México, el trauma de su historia: ducit amor patriae*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Roa Bastos, Augusto. (2007). *Yo el Supremo*. Madrid: Cátedra.
- Sarmiento, Domingo Faustino. (1977). *Facundo: Civilización y Barbarie*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho.
- Spang, Kurt, Ignacio Arellano y Carlos Mata Induraín. (1995). *La novela histórica, teoría y comentarios*. Pamplona: Universidad de Navarra.
- Uslar Pietri, Arturo. (1993). *Las lanzas coloradas*. Madrid: Cátedra.
- Vargas Llosa, Mario. (2000). *La fiesta del chivo*. México: Alfaguara.
- White, Hayden. (1992). *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.